

14.
CORAZÓN DE JESÚS
EN QUIEN ESTÁN TODOS LOS TESOROS
DE LA SABIDURÍA Y DE LA CIENCIA

Cor Iesu, in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae

P. Miguel Ángel Fuentes, Sacerdote argentino
Misionero en Argentina

San Pablo escribe a los Colosenses: *Lucho por vosotros (...) para que alcancéis todas las riquezas de la plena inteligencia y conozcáis el Misterio de Dios, que es Cristo, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Col 2,1-3). De este texto surge la maravillosa letanía que ahora comentamos, ligeramente modificada –omitiendo el adjetivo «ocultos»–: «*in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae*», «en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia».

«Ciencia» es un conocimiento cierto de las cosas por sus principios y sus causas. «Sabiduría» es, en cambio, el conocimiento profundo y perfecto de los principios de todas las ciencias y artes. El término «tesoro» alude a la acumulación y abundancia de riquezas que están a disposición de su dueño, quien puede, por eso mismo, echar mano de ellas cada vez que lo desea.

En Cristo, pues, «están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia». «Lo que San Pablo quiere hacer resaltar –dice un exégeta– es que fuera de Cristo, centro y eje del plan divino de salud, no es necesario ir a buscar nada, pues ahí se hallan contenidos todos los tesoros de sabiduría y de ciencia con que orientar debidamente nuestra vida religiosa y moral»¹.

¹ LORENZO TURRADO, *Colosenses*, en: PROFESORES DE SALAMANCA, *Biblia Comentada*, VI. Hechos de los Apóstoles y Epístolas Paulinas, p. 630.

San Juan de la Cruz cita el pasaje paulino poniendo en boca del Padre estas palabras: «Si quisieses que te respondiese yo alguna palabra de consuelo, mira a mi Hijo sujeto a mí y sujetado por mi amor y afligido, y verás cuántas te responde. Si quisieses que te declare yo algunas cosas ocultas o casos, pon solos los ojos en él, y hallarás ocultísimos misterios y sabiduría y maravillas de Dios, que están encerradas en él, según mi Apóstol dice: *en el cual Hijo de Dios están escondidos todos los tesoros de sabiduría y ciencia de Dios* (Col 2,3); los cuales tesoros de sabiduría serán para ti muy más altos y sabrosos y provechosos que las cosas que tú querías saber... Y si también quisieses otras visiones y revelaciones divinas o corporales, mírale a él también humanado, y hallarás en eso más que piensas, porque también dice el Apóstol: *en Cristo mora corporalmente toda plenitud de divinidad* (Col 2,9)»².

En Cristo están «todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia»; es decir, comenta Santo Tomás, «el conocimiento de las cosas divinas» y «el de las criaturas». Así, continúa el Aquinate, todo cuanto puede saberse de Dios pertenece a la sabiduría, lo cual conoce Dios abundantemente en Sí mismo. Y todo lo que puede conocerse de las criaturas lo conoce Dios en Sí supereminentemente. Y todo lo que abarca la sabiduría de Dios se contiene en su Verbo único, pues todo lo conoce con un acto simple de su entendimiento, porque en Él no hay ciencia en potencia ni en hábito sino en pura actualidad. De ahí que en este Verbo estén todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia³.

Como hemos dicho, nuestra letanía deliberadamente no recoge la afirmación paulina de que tales riquezas “están escondidas” en Cristo. Santo Tomás, que comenta el pasaje del Apóstol y no la letanía a que

² SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, L. 2, cap. 22, n. 6.

³ Cf. *Ad Col.*, II, I, n. 81.

éste daría lugar mucho tiempo después, explica que esto lo dice respecto de nosotros, tanto por la flaqueza de nuestro entendimiento, cuanto por el velo que lo oculta a nuestros ojos. Todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia están en el Verbo de Dios, pero encubiertos para nosotros, porque no tenemos los ojos limpios sino legañosos; y también porque nos los nubla un doble velo: el de las criaturas (porque *lo invisible de Dios* en nuestro estado actual solo *se deja ver a la inteligencia a través de sus obras*, como dice Ro 1,20), y el velo de la carne asumida por el Verbo (cf. Jn 1,14). Por eso algo alcanzamos de Dios, pero nunca todo. Fue muy preciso Isaías cuando proclamó: *Verdaderamente Tú eres un Dios escondido* (Is 45,15). Pero quien tiene una candela cubierta por un velo, no busca luz en otra parte, sino que procura apartar el velo de la que ya tiene; por el mismo motivo, no es necesario buscar la sabiduría sino en Cristo⁴.

De modo semejante, el mismo Pablo escribía a los Corintios: *Jesús ha sido hecho por Dios para nosotros sabiduría* (1 Cor 1,30). Sabiduría encarnada. Porque en cuanto Dios es la misma Verdad, la Verdad increada, substancial, primera y última, a la que debe ajustarse toda verdad creada: *Ego sum Veritas, Yo soy la Verdad* (Jn 14,6). Y en cuanto hombre verdadero, su alma está colmada de verdad y sabiduría: por su ciencia beatífica, por la cual, desde el primer instante de su encarnación, veía a Dios cara a cara, con más claridad que los ángeles, y en Dios, veía todas las cosas, cuanto existe, ha existido y existirá, con toda la perfección con que pueden ser vistas y entendidas; por su ciencia infusa, también desde el primer instante, han sido patrimonio de su alma todos los conocimientos que puedan adquirir los hombres en sus incesantes desvelos, a través de los siglos, y otros muchos que jamás llegaremos a

⁴ Cf. *Ibidem*, n. 82.

alcanzar, y los misterios todos del orden sobrenatural; y por su ciencia adquirida y experimental, por la cual aprendió lo que son nuestras penas y trabajos para poder penetrar con su propia experiencia personal la hondura de nuestras dolencias, como dice la Epístola a los Hebreos (Heb 4,5).

Todos estos tesoros, escondidos en Dios, se ponen a nuestra disposición en el Corazón que Jesucristo nos ofrece abierto. Ya no están, pues, *absconditi*, escondidos, sino para quien no los busca. Para el que los anhela, están, en cambio, abiertos, ofrecidos, para que beba quien tiene sed, para que encuentre luz el quiera ser iluminado, para que halle calor quien desee enfervorizarse. Jesús es, desde su Corazón divino-humano, *la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (Jn 1,9), y la razón por la cual quien lo sigue *no camina a oscuras, sino que tiene la luz verdadera* (Jn 8,12). Todo cuanto Jesús “hizo y enseñó”, y sus evangelistas transcribieron, y lo que Pablo, Pedro, Santiago, Juan y los demás autores del Nuevo Testamento predicaron ahondaron y pusieron por escrito, está allí, en ese Corazón vivo y vivificador, plasmado en carne, para que lo aprenda el que se acerca a leer con los ojos del alma. Con cuánta razón, en el formulario llenado ocho días después de su entrada en el Carmelo, Isabel de la Trinidad, respondiendo a la pregunta «¿Qué libro preferís?», respondió: «El alma de Cristo; Ella me entrega todos los secretos del Padre que está en los cielos»⁵ Había entendido claramente lo que aquí tratamos de explicar.

Por eso, no es cierto que el amor es ciego. El amor divino que Dios infunde en nuestras almas está iluminado por los infinitos tesoros de sabiduría y de ciencia depositados en el Corazón de Cristo. En esta vida,

⁵ M. M. PHILIPPON, *La dottrina spirituale di Suor Elisabetta della Trinità*, Morcelliana, Brescia 1945, p. 43.

en que a menudo navegamos como entre tormentas y tinieblas, el Corazón de Jesús, con sus tesoros inagotables de sabiduría y de ciencia, es un faro salvador. Toda la ciencia que necesitamos acerca de las criaturas allí la encontramos; toda la sabiduría que precisamos acerca de Dios, allí la hallamos. No es el saber que la ciencia humana nos ofrece de las cosas, que no sacia el alma y se detiene forzosamente en los confines que la naturaleza racional, dejada a sus solas fuerzas, no puede traspasar, sino el conocimiento que nos otorga el don del Espíritu Santo que llamamos don de ciencia: nos hace juzgar con rectitud de las criaturas, ve sus cualidades y las contrapesa con sus límites, y desengaña al hombre de todas las fascinaciones y mentiras con que el mundo encandila a los hombres mundanos; esa ciencia que nos da un perfecto y sopesado conocimiento de nosotros mismos, del valor de las cosas creadas, de nuestro fin y de nuestro estado; suscita en nosotros gratitud por los bienes recibidos y arranca nuestro llanto penitente por los pecados cometidos. Allí hallamos también toda la sabiduría de las cosas divinas, pero no aquella que brinda la más alta filosofía ni tan solo la que procura la misma teología sagrada, sino una más alta todavía: la que nos dan los dones de entendimiento y de sabiduría. El primero otorgándonos una claridad intelectual de los misterios divinos –como puede alcanzarla el hombre viador– y de nuestro fin último, el segundo aportando experiencia y connaturalidad con las realidades espirituales.

Escribiendo a los Corintios, San Pablo decía: *no he querido saber otra cosa que a Cristo Jesús* (1 Cor 2,2). Una vez conocido lo que guarda en su Corazón, ya nada fuera de Él nos contenta. En su último retiro, Santa Isabel de la Trinidad meditando una frase de la Esposa del Cantar de los Cantares (Ct 6,12), experimentaba análogos deseos de no querer saber ya más nada que lo que enseña el Corazón divino: «*Nescivi! No supe ya nada*. Así dice la esposa de los Cantares, después de haber sido

introducida en la cámara del misterioso vino (...) *Nescivi*. Ya no sé nada más; nada más quiero saber sino *conocer a Jesús, tener parte en sus sufrimientos y llevar el sello de la conformidad con su muerte* (cf. Flp 3,10)»⁶.

⁶ SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Últimos Ejercicios*, Jueves 16 de agosto.